

Santiago

Haga lugar para Dios todos los días

4.13–17

«¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala; y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (4.13–17).

El otoño de 1987 trajo algunos eventos apasionantes al mundo. Dos cosas en particular que recuerdo tienen que estar en la mente de todos. En primer lugar, aquel lunes de octubre¹ cuando la bolsa cayó más de quinientos puntos. Por todas partes había personas traumatizadas que se dolían por la pérdida de sus riquezas y sueños rotos. Los desconcertados corredores de bolsa vieron sus paraísos financieros derrumbarse. Durante varias semanas, los medios de comunicación concentraron sus esfuerzos en tratar de entender por qué ocurrió el desplome. El segundo acontecimiento importante fue la «cumbre» entre Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachev. Durante esta reunión, se llegó a un acuerdo sobre armas nucleares que fue, o se supone que es, un hito en el camino hacia la paz. Incluso si ese tratado era ratificado por los gobiernos ruso y estadounidense, algunas cosas en el mismo saltan a la vista. En primer lugar, cada vez que las «superpotencias» han firmado un tratado en las décadas pasadas, se ha marcado el comienzo

de una escalada en el gasto en armas. Lo que este tratado quiere decir se ilustra mejor diciendo que si cada parte redujera su ejército a solamente un centenar de hombres, cada uno de ellos todavía poseería, incluso después de la destrucción de los misiles acordados, suficientes cabezas nucleares para destruir el mundo tres o cuatro veces.

La presente no pretende ser una lección sobre armas nucleares ni de economía, sin embargo, estos acontecimientos definitivamente señalan un par de hechos. En primer lugar, las posesiones materiales pueden estar hoy y mañana no. En segundo lugar, nuestra existencia física se vive a la sombra de una bomba, y tomando en cuenta la naturaleza de la política mundial, es algo que, como mínimo, da miedo. Obviamente, con estas dos lecciones en mente, podemos ver que la vida y las cosas de la vida, no son el lugar donde podamos poner nuestra confianza. Podemos ver esta verdad en la gran balanza de la vida, sin embargo, ¿qué de nuestras vidas individuales? Si se le preguntara: «¿Cuáles son sus sueños para el futuro?», ¿cómo respondería? ¿Una educación? ¿El matrimonio? ¿Una familia? ¿Viajar a lugares lejanos? ¿Un nuevo auto? ¿Ser rico? ¿Dónde encaja Dios y las consideraciones espirituales en todos estos sueños? Muchas son las personas que hacen hincapié en solamente una cosa, esto es, ¡la satisfacción material! Somos propensos a atarnos demasiado a la tierra y dejar a Dios fuera de nuestros planes futuros.

Al final del capítulo 4, Santiago se refiere al tema de «la voluntad de Dios». En este capítulo, ya ha hablado sobre los problemas de la iglesia y del murmurar unos de otros. Ahora Santiago converge esos temas en un análisis sobre la «voluntad de Dios». Obviamente, un creyente que no esté haciendo la voluntad de Dios se vuelve una persona

¹ N. del T.: Este lunes es el lunes negro del 19 de octubre de 1987, cuando los mercados de valores de todo el mundo se desplomaron en un espacio de tiempo muy breve. La caída comenzó en Hong Kong, se propagó hacia el oeste a través de los husos horarios internacionales, llegó a Europa y, por último, a Estados Unidos.

alborotadora. Esta verdad se ilustra con ejemplos de la historia bíblica, por ejemplo: Lot se trasladó a Sodoma y casi destruyó a su familia, el adulterio de David le trajo problemas a su familia y a su reino, y Jonás por huir de Dios casi destruyó un barco y a sus marineros. En cada caso se mostró una actitud equivocada para con la voluntad de Dios.

El Espíritu Santo ahora guía a Santiago para reprender nuestra arrogancia y autosuficiencia. Desea que comprendamos que la vida misma exige que tomemos en cuenta a Dios. Nos presiona hasta el punto que no podemos excluir a Dios de nuestra vida cotidiana y que tenemos que preocuparnos por hacer Su voluntad.

DESCUIDAR HACER LA VOLUNTAD DE DIOS NO TIENE SENTIDO (4.13-16)

Para que podamos entender lo insensato de descuidar hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas diarias, Santiago presenta cuatro razones por las que debemos escuchar a Dios. En primer lugar, necesitamos tomar en cuenta la voluntad de Dios *debido a lo complejo de nuestras vidas*. Cuando dice en el versículo 13: «¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos», está diciendo: «Dejen de hablar y escuchen lo que están diciendo». Pensemos en nuestras vidas: Compramos, vendemos, ganamos, perdemos, vamos de aquí para allá. ¿Cuántas decisiones cruciales tomamos cada día? Dios, por medio de Santiago, no está condenando los negocios de la vida, sino diciendo cuán ridículo es hacerlo sin consultarle a Él. La vida tiene sentido con Dios, mas no sin Él.

En segundo lugar, Santiago dice que la vida no es solamente compleja, *también es incierta*. Dice: «... cuando no sabéis lo que será mañana» (4.14). Las Escrituras desean que nos demos cuenta de que la vida es incierta (por ejemplo, Proverbios 27.1). Jesús ilustró esta idea con una de Sus historias (Lucas 12.16-21). Incluso el mundo, con su visión retorcida de la vida, ha comprendido este punto fundamental. A Séneca, el filósofo romano, se le acredita haber dicho: «Qué insensato es que el hombre haga planes para su vida, cuando ni siquiera el mañana está bajo su control». Las circunstancias de la vida, las personas que conocemos y hemos conocido y los acontecimientos que vemos todos los días, apuntan a la realidad de esta verdad. Santiago no está diciendo que debemos sentarnos sin hacer nada, debido a nuestro futuro incierto. Dice que debemos encomendar nuestros planes y nuestro futuro en manos de Dios. Solamente cuando encomendamos nuestro futuro a Dios es que podemos tener certeza sobre el futuro.

Seguidamente, Santiago aclara que la vida es incierta porque *es corta*. Cuando dice en la última parte del versículo 14: «Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece», toma prestado una figura de los escritos de Job (Job 7.9). Estoy seguro que a veces, especialmente durante los días de dolor, estos parecían no tener fin para Job. En su agonía, fue consciente de cuán breve podía ser la vida (Job 7.6; 8.9; 9.25; 14.1, 2). A nuestra manera finita de calcular el tiempo, la vida podría todavía parecer larga, lo suficientemente larga como para olvidarnos de nuestra responsabilidad ante Dios. No estoy sugiriendo que nos quedemos sentados sin hacer nada con una actitud pesimista, sin embargo, es necesario que nos demos cuenta de la verdad sobre nuestras vidas. En lugar de desperdiciar nuestras vidas, necesitamos estar *invertiéndola* en aquellas cosas que son eternas. Invertimos nuestras vidas siendo obedientes a la voluntad de Dios.

En cuarto lugar, en el versículo 16, Santiago ilustra la manera como el hombre trata de esconder su fragilidad. Dice: «Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala». Presumimos para cubrir nuestras propias debilidades e inseguridades. ¿Qué podemos hacer en cuanto al futuro? No tenemos el poder para mirarlo dentro de él ni la sabiduría para controlarlo. Sin embargo, alardeamos y bromeamos como si tuviéramos pleno control. El problema con nuestra jactancia es que nos ponemos en el lugar de Dios. Lo hacemos diciendo que en el futuro vamos a hacer esto o aquello, sin tomar en cuenta la voluntad de Dios. Santiago lo dice clara y llanamente: *¡Tal jactancia es mala!*

Pensaríamos que con todas las lecciones que el hombre ha aprendido a lo largo de los años, sabría lo insensato que es ignorar la voluntad de Dios. Es como atravesar una selva inexplorada sin un guía o volar sobre mares tormentosos sin una brújula. En una breve y sustanciosa declaración, Santiago nos dice cuál debería ser nuestra actitud hacia la vida: «En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (4.15). Santiago no está expresando esta declaración a manera de una fórmula ritual y simplista que repetimos sin pensar. Dice que debería ser una actitud del corazón, expresa o implícita, que le da Dios el lugar que le corresponde en la planificación y ordenamiento de nuestras vidas.

IGNORAR LA VOLUNTAD DE DIOS ES PECADO (4.17)

Santiago 4.17 se ha convertido en un pasaje muy gustado por casi todos los predicadores. Cuando Santiago dijo: «... y al que sabe hacer lo

bueno, y no lo hace, le es pecado», les dio a los predicadores un versículo con el cual azotar a los hermanos en cualquier tema. Parece ser cierto muy particularmente en lo que se refiere a cualquier cosa que el orador podría estar promoviendo en el momento, a saber: asistir a los servicios, ganar almas, etc. Puede ser lógico utilizar el versículo de esa manera e incluso podría ser correcto, sin embargo, estoy seguro de que no es lo que Santiago tenía como objetivo.

El versículo 17 debe ser tomado como una exhortación final para lo que se dijo en los versículos 13 al 16. Santiago está escribiendo a hermanos que han errado por su descuido; han dejado a Dios fuera de sus vidas cotidianas. Sus quehaceres no son incorrectos en sí, sin embargo, no tomar en cuenta a Dios y Su voluntad es incorrecto. No es demasiado difícil caer en la misma trampa. La vida se vuelve acelerada, ocupada y llena de estrés. Comenzamos a hacer planes sobre lo que haremos en ese impulso

por salir adelante y tener éxito, y nuestro enfoque a menudo pasa de una posición de confianza en Dios a una de confianza en uno mismo. Santiago les ha mostrado el descuido de ellos, por ende, el nuestro. Insiste en que todos debemos ver el error de nuestros caminos. Puede ser que la traducción de Phillips de este versículo enfatice la idea mejor que todos. Su traducción consigna: «Sin duda, usted está de acuerdo con la teoría anterior. Recuerde que si un hombre sabe lo que es correcto y no lo hace, no hacerlo constituye un pecado real».

CONCLUSIÓN

La vida es un don de Dios y ha de ser usado para Su gloria. Salomón dio en el clavo cuando dijo: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Eclesiastés 12.13). No podemos darnos el lujo de cometer el error de planificar nuestro futuro sin la ayuda de Dios.

EL LIBRO DE SANTIAGO APLICADO A LA VIDA

Mundanalidad

La mundanalidad es un espíritu, un temperamento, una actitud del alma. Es la vida sin llamados de lo alto, una vida carente de ideales sublimes. Es una mirada horizontal, nunca vertical. Su lema es «Hacia adelante», nunca «Hacia arriba». Su objetivo es el éxito, no la santidad. Por no escuchar voces místicas, carece de reverencia. Nunca se dobla con un asombro extasiado y silencioso en lo secreto. No percibe nada que le llene de asombro ante una Presencia misteriosa. Tiene ambición, más no aspiración. No niega a Dios, sencillamente lo olvida e ignora.

John H. Jowett
Apostolic Optimism
(*Optimismo apostólico*)

«Lo perdió todo»

Con frecuencia escuchamos de personas que han «perdido todo». Esta es una expresión que por lo general quiere decir su fortuna. Sin embargo, ¿cuando es que una persona ha perdido realmente todo? No es cuando ha perdido su

trabajo o incluso su salud, y ciertamente no es cuando ha perdido sus posesiones. Habrá perdido todo cuando haya perdido la razón, el amor de su familia, los remordimientos de conciencia, los impulsos del Espíritu, la fe en la Biblia, la confianza en Dios y la esperanza del cielo. Y hasta entonces podría perder su trabajo, su dinero, su casa, sus bienes, sus amigos, sin embargo, si tiene a Dios no ha perdido nada que tenga consecuencias duraderas.

Roy L. Laurin
Acts, Life in Action
(*Hechos, La vida en acción*)

La imagen de una vida sin esperanza

La obra *Macbeth* de Shakespeare dibuja un panorama sombrío de una vida sin esperanza, pues dice:

La vida no es más que una sombra errante; una terrible actriz, que se pavonea y consume con angustia su momento en el escenario,

y luego se desvanece: es una historia contada por un idiota, llena de ruido y de furia, que nada significa.

Acto V, Escena v, ll. 24–28

Lamentos de un dolor desesperanzado

Los impíos lamentaron sin esperanza. Para ellos la muerte no conocía ninguna esperanza, ningún brillo, ningún triunfo. Para ellos, no era una *puesta de sol*, pues esta nos ruega buscar el siguiente sol, tan brillante como el que se puso. No era *otoño* ni *invierno*, ya que estos hablan de devolver la *primavera* y el *verano*. No era *semilla* sembrada en el tosco suelo, pues ella predice el futuro árbol o flor, más bella que la semilla. Era oscuridad pura y simple, todo nube, sombra, desolación. Un pilar desquebrajado, un barco hecho pedazos, una carrera perdida, un arpa en el suelo con cuerdas rotas y toda su música perdida, un capullo aplastado: estos fueron los tristes lamentos de su desesperanzado dolor.

Autor: Bill Hooten

©Copyright 1989, 2011, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados